

Apenas un mes después de haberme incorporado a la Dirección Adjunta del Instituto “Eduardo Torroja” he tenido la fortuna de compartir los Actos Conmemorativos de su Fundación que se reseñan en este número de “Informes de la Construcción”. La celebración de este Aniversario me ha permitido descubrir la Historia del Instituto y conocer a algunas de las personas que con su dedicación y entrega contribuyeron a forjarla. Todo ello adquiere una dimensión más honda desde la perspectiva de mi reciente incorporación al Instituto. La amable invitación del Comité de Redacción de INFORMES para escribir este Editorial, que agradezco profundamente, me ofrece la oportunidad de pensar nuevamente sobre estos acontecimientos recién vividos y hacer públicas mis reflexiones.

No es fácil reflejar en unas pocas líneas las impresiones experimentadas en mi encuentro con el Instituto desde la situación de un puesto de responsabilidad. Entre ellas sobresalen dos: la capacidad profesional de las personas que trabajan en el Centro y la calidad y variedad del trabajo que se realiza en el mismo.

En ambos casos la situación actual es continuación de una tradición de muchos años, iniciada con la personalidad ejemplar de Don Eduardo Torroja y con el estilo de trabajo que él practicó y transmitió. Recordarlo, tomar conciencia de ello y sentirse responsable de la herencia recibida, constituyen un acicate para el presente y el futuro. Sin ninguna duda, la historia del Instituto es una riqueza que puede permitirnos abordar con ilusión los problemas y tensiones del presente. Estos problemas, en gran medida, son consecuencia del propio paso del tiempo que, casi inevitablemente, atenúa las ilusiones, dificulta las relaciones personales, y nos enseña que la realidad es, muchas veces, más gris que nuestros deseos. Otra parte, no pequeña, de estos problemas surge por causas ajenas al Instituto. Son condicionantes impuestos por el contexto social en el que el Centro está situado. Ante ellos sólo cabe actuar con decisión y realismo para modificar lo que puede ser cambiado y aceptar lo que es inevitable. Discriminar entre una y otra situación, y obrar en consecuencia, es tarea de todos.

Por último, algunas de las dificultades actuales son precisamente resultado de la vitalidad del Instituto. Están presentes porque en el Centro hay actividad y creatividad y porque se desea un futuro mejor. Son simultáneamente problemas de madurez y de crecimiento que trabajando juntos pueden ser resueltos o, al menos, desdramatizados. En este empeño, la Conmemoración de los “primeros” 55 años del Instituto representa una invitación a la esperanza.

Miguel Herráiz Sarachaga